

Cuentiembre - M.J. Aballay

Mauro Aballay



Image not found.

Capítulo 1

"Pollo a la cereza"

Pollo a la cereza

Ingredientes:

1 pechuga de pollo

250g de crema de leche

150g de cerezas al ruhm

50g de azúcar negra

4 papas medianas lavadas para la guarnición

Sal y pimienta negra a gusto

Preparación:

Era su plato preferido, le gustaba que cocinara la pechuga de pollo con su piel, bien cocida, casi a punto de pasarse. La salsa debía servirse más bien tibia, y el puré hirviendo. Lo devoraba con gran rapidez, casi sin saborearlo; lo engullía de forma asquerosa, ensuciándose toda la cara y desparramando todo por las orillas del plato. Le gustaba tanto ahora como la primera vez que se lo preparé, y lo comía de la misma forma, ésa que alguna vez me resultó tierna, como pudiendo ver a través de esto sus rasgos de niña aun presentes, ahora me irritaba.

La conocí un invierno hace ya cinco años. Nos presentó un amigo en común, y debo admitir que me gustó al instante; era una mujer de ensueño, sus cabellos castaños cayendo sobre sus hombros formando bucles desdibujados al final, sus ojos verdes tan profundos como el mar, sobre ellos dos finas cejas que movía con gran expresividad, su piel blanca suponía una suavidad infinita; y sus labios, la boca más hermosa que había visto jamás, encubriendo su blanca sonrisa. Era perfecta, con todo su brillo, su esplendor que me dejó quieto, inmóvil, como petrificado al verla atravesar la puerta de entrada. Esa noche nos juntamos en la casa de Pedro, ese era nuestro amigo en común, ¡ah! El bendito Pedro.

Era su cumpleaños, y Pedro siempre fue una persona de pocos amigos, solo éramos cinco, pero los pocos que éramos le guardábamos un gran aprecio. Fue una noche divertida, comimos unas pizzas que acompañamos con un buen moscato algunos y cerveza el resto. Jugamos cartas entre risas y comentarios hasta avanzada la madrugada. De algún lugar de mi ser que todavía desconozco, tomé coraje, y me acerqué a ella, le hable de algunos asuntos triviales al principio como para romper el hielo, ella se reía de manera simpática mientras jugaba con su cabello, claro, ya sabía mis intenciones desde el primer momento en que me quede viéndola como tarado, quizás era muy obvio, y aunque no fuera así, Clara era una mujer muy inteligente. Hablamos de distintas cuestiones a lo largo de la velada, empezamos hablando del clima y terminamos discutiendo sobre el posicionamiento del ser social ante el esquema político poco definido de la actualidad; lo repito, Clara era perfecta. Ya estaba terminando la noche, y comenzaba a sentirme incómodo, me inquietaba la idea de no volverla a ver otra vez pero no concebía la posibilidad de invitarla a salir, el temor al rechazo era muy grande, me transpiraban las manos exageradamente. De pronto solo quedábamos los tres; Clara, Pedro y yo, y ella se puso en pie diciendo: -bueno, creo que es hora de que me vaya, ya es bastante tarde. No sabía que hacer, se estaba escapando y por más que deseaba correr tras ella mis pies estaban congelados, se rehusaban a moverse. Se puso la campera, me saludó tiernamente con un beso en la mejilla, yo le dije adiós y la vi irse junto a Pedro que la acompañaba hasta la puerta. Quise hablar y mis labios estaban pegados, con suerte alcanzaba a balbucear en voz muy baja algo inentendible, hice fuerza, hice más fuerza, y mi boca se abrió liberando un grito que decía: -¿Te gustaría salir conmigo? el silencio más largo de mi vida fue el que le siguió a ese grito, ella volteó mientras Pedro se tapaba la boca para no reír, soltó una pequeña risa juguetona que hacía juego con sus ojos penetrantes: -me encantaría, decíle a Pedro que te de mi número, nos vemos. No lo podía creer, me había dicho que sí, lo había logrado. Cuando Pedro volvió me dijo: -Sabía que se llevarían bien, buena suerte amigo.

Esperé unos días para no parecer desesperado y la llamé: -creí que te habías olvidado de mí. Me decía su voz al otro lado del teléfono. Hicimos planes para el sábado próximo, sería nuestra primera cita y debía lucirme. La invite a cenar a casa y ella aceptó, sabía que la conquistaría con mi famoso "pollo a la cereza". Y así fue, preparé el ambiente, buena música, luz tenue y el aire impregnado del dulce aroma que destilaban las cerezas. Llegó Clara a la hora pactada, tan bella como la vez anterior, recibí su abrigo y la llevé a conocer el departamento, luego fuimos a la cocina donde nos serví una copa de pinot grigio: -Que bien huele. Dijo ella. -Te va a encantar, es mi especialidad. Respondí. Cuando ya estuvo la cena nos sentamos y serví el afamado plato. Fue solo en cuestión de minutos, se abalanzó sobre él y comenzó a destrozar el pollo con sus cubiertos, gotas de salsa saltaban y caían sobre el mantel, mientras aún masticaba ya iba preparando el bocado siguiente; mezclaba las cerezas con el puré, lo untaba en una rodaja de pan y lo arrancaba vorazmente de sus dedos

mientras se ayudaba con el vino para poder tragar, luego se lamia los dedos. Fue solo en cuestión de minutos que el plato desapareció, ya solo quedaban junto a él un par de mignones ahuecados, pues les sacaba la miaga y raspaba con ella los restos de salsa.-Estaba delicioso, nunca había comido algo tan rico, eres un gran cocinero. Solo pude sonreír, con la boca llena y aun la mitad de mi comida delante de mis manos que sostenían los cubiertos. Si, algunos dirán que es asqueroso, pero realmente me despertó ternura verla comer.

Así seguimos conociéndonos, la mayoría de las veces íbamos a restaurantes y cada tanto le cocinaba aquello que le encantaba. Al poco tiempo formalizamos nuestra relación y al cabo de un año decidimos casarnos, ya nos conocíamos demasiado y creímos pertinente dar un paso más alto. Ella se mudó a mi departamento, y en un principio era todo perfecto. Nada más lindo que despertar a su lado, o llegar de trabajar ser lo primero que viera al entrar a casa. Pero después de un tiempo las cosas empezaron a cambiar, ya no teníamos tanto de que hablar y todo se volvía un tanto rutinario. Personalmente ya estaba harto de mi trabajo, y no me gustaba el color de las paredes cuando llegaba a casa, sentía que necesitaba momentos de soledad y no lograba obtenerlos, Clara estaba todo el día en casa, ella no trabajaba ni hacía ninguna actividad más que dormir y mirar televisión, y cada vez que yo llegaba me abrazaba y no me soltaba, estaba todo el tiempo encima mío. Comenzó a descuidarse y mis ojos ya no la veían tan bella, no se depilaba casi nunca, estaba todo el día despeinada como si recién se hubiera levantado, su mal aliento, las eternas lagañas en sus ojos, la increíble mugre bajo sus uñas, su piel reseca, esa voz ronca que le duraba por horas aun después de despertar, lo desordenada que era para dormir, me aturdían sus ronquidos, nunca aseaba la casa ni hacía las compras. Tenerla cerca comenzaba a resultarme una molestia, su sola presencia me sacaba de quicio, y claro a ella le molestaba verme idiota y me echaba en cara que ya no era simpático y divertido como antes, que nunca la sacaba a pasear, que ya no le contaba mis pensamientos o como me fue en el día, que ya no la veía como antes, que ya no la tocaba, que ya no le hacía el amor con la misma pasión. Entonces se largaba a llorar de forma estrepitosa y al instante me abrazaba y me pedía perdón, me besaba y me decía que me amaba. La situación ya era verdaderamente insostenible, tenía que hacer algo para remediar las cosas, tenía que lograr empezar a llevarme bien con ella y sobre todo conmigo mismo, sino enloquecería. Pero para llegar a eso necesitaba pensar, necesitaba tiempo para mirarme hacia dentro. Después de mucho meditarlo logre dar con la solución. Salí antes una tarde del trabajo y pasé por el súper, compré todo lo que hacía falta, ya era hora de arreglar las cosas. Llegué a casa y me fui directo a la cocina, Clara me siguió pero le cerré la puerta y le dije que debía esperar afuera, era una sorpresa. Empecé a sacar las cosas de la bolsa plástica, coloqué la pechuga sobre una tabla de madera y con un gran cuchillo afilado le quité el hueso y la partí en dos, levanté un poco la piel y la condimenté, luego al horno en una bandeja enlosada. Clara se movía por toda la casa y cada

tanto se acercaba a la puerta de la cocina a ver si lograba descubrir que estaba haciendo. Al cabo de unos minutos cuando la pechuga ya empezó a cocerse, coloqué las papas en agua ya hirviendo y cuando ya casi estuvo todo preparado me dediqué a la salsa, una sartén en la hornalla a fuego lento, y sobre ella las cerezas con un poco del almíbar que traen y azúcar morena para que se caramelizaran, sobre esto la crema de leche y mas almíbar revolviendo todo de forma circular para que se integren los ingredientes, y condimenté con bastante pimienta negra. Serví ambos platos y los decoré con unas hojitas de romero, luego salí victorioso de la cocina con ellos en la mano. Los ojos de Clara brillaban intensamente: - Amor hacía tanto que no me lo preparabas, sabés que es mi preferido, te amo. Nos sentamos a la mesa, serví una copa de vino para cada quien y dimos comienzo a la cena. Como de costumbre, no alcanzaba a terminar de cortar el primer bocado que ella ya iba por la mitad. Toda la cara enchastrada, migas de pan por todos lados, manchas de salsa en toda la ropa. Se quitaba trozos de comida de entre los dientes con las uñas, era todo un espectáculo, digno de los mejores circos del país. Ya estaba terminando su plato, solo le quedaba una cereza en la orilla, la miró decidida y arremetió su tenedor sobre ella, con tanta fuerza que el jugo de la fruta se esparció todo alrededor, lo llevó a su boca y casi inmediatamente después, cayó de cara al plato. Todos sus cabellos alborotados embadurnados ahora de salsa, sus ojos tiesos mirándome fijamente, como pidiendo ayuda, su boca semiabierta dejando caer un hilo de baba rosada hasta la mesa. - Clara, creo que debemos terminar. Le dije mientras limpiaba mis labios con la servilleta de papel. Me levanté y fui directo a lavar los platos, antes tiré el resto del veneno en la bacha de la cocina, apagué la música y me dispuse a disfrutar por fin del silencio.

Capítulo 2

Cataluña enamorada

La brisa del invierno temprano acaricia con suavidad mis manos. Mis mejillas sonrojadas levemente hacen que la gente sé de cuenta de que estoy vivo. Cómo fue que llegamos a este punto, cómo dejamos que la distancia se extendiera tanto que ya cuesta mirarnos a los ojos. Te aprieta la incomodidad de verme así. Viéndote petrificado pero sin decir palabra alguna. Esquivas el aire que me toca como si fuera a helarte la piel. Ya no razono que hay en tu mente, no se me ocurre como evitar la inminente despedida.

El frío de la soledad era inmenso. Se estremecían hasta mis huesos en la penumbra queda de una idea amarga. Si se acabara el día, si el fin nos sobrelleva y fuera definitivo el sueño del instante que sigue. Qué sería entonces de mí. Más triste que dejar la vida sin nada es dejar la vida sin nadie. En absoluta soledad, sin nadie que tome mi mano en la travesía eterna rumbo al más allá. No podría haber abordado una respuesta, no podría haber ideado una alternativa. No habría podido, no en ese momento.

Pero cuando apareciste las cosas cambiaron. Todo tomó un color diferente y los oscuros fantasmas que rodeaban mi sombrero tuvieron miedo. Un ángel entrometido colándose entre los demonios del infierno para rescatar un alma empobrecida. Desde la primera vez que volteaste tu rostro hacia mí no me ha dejado de golpear el corazón en el pecho. De a poco fui recobrando los sentidos, ahora mis oídos podían sentir el cantar de las aves.

Tus bellos ojos, tan azules y profundos como el mar de Cataluña. Caminamos toda la tarde por la ribera de este paradisíaco lugar. Tus cabellos como rayos de sol tejiendo el cielo por encima de tus párpados. Si acaso viniera la noche, seguro no lo notaría a tu lado. Y se volvían eternos los momentos cuando se oía de lejos sonar una habanera. Las pequeñas casitas blancas como la nieve iluminando la costa, reflejándose en el agua cristalina. Me sentí un gladiador en el anfiteatro romano. Un hombre valiente luchando con intrépida voracidad por conquistar tu corazón. Cómo olvidar tan bella tarde de otoño, cuando nos miramos de repente, y lo único que supimos hacer fue sonreír. Solo los dos a los pies de la catedral de Girona. Sobre nosotros se expandía poderoso el cielo azul, con algunas manchas grisáceas que se diluían en el fondo. A nuestros pies las hojas secas revoloteando en cualquier dirección, cada vez más alto, con cada nuevo empujón del viento. Solo existíamos los

dos.

Pero ahora las cosas ya no son igual, tu intención es irte, y aparentemente es una decisión que no puedo revocar. Y no piensas en mí, que no soporto la distancia y esta repentina frialdad, como si fuera un extraño. Pero tú con el bolso en la mano, más que lista para marcharte. Tan despiadadamente cínica. No piensas en que quizás te necesite, en que quizás mi vida acabaría si no estas.

Eso es, ya no me es posible considerar mi existencia si me dejas. Debo arriesgarlo todo. Debo estrujar lo que me quede de corazón y usarlo en este preciso momento. Iré tras de ti, no puedo dejarte ir. Apuraré el paso, correré si es necesario, pero no te irás de este lugar sin mí.

_ ¡Señor! Espere.

Congelado en mi sitio vuelvo mi rostro hacia la voz de una joven que me llamaba.

_ Dime cariño.

_ Es que sé esta yendo y aún no ha pagado la cuenta.

_ ¿La cuenta?

_ Sí, el café doble y las dos medialunas que pidió.

_ Pero que tonto soy, tienes razón – dije cayendo de golpe sobre mi mismo - ¿Cuánto te debo?

_ Sesenta pesos.

_ Ten, cóbrame ochenta.

_ Muchas gracias señor. Sabe, no quiero ser entrometida, pero he notado que ha observado con detenimiento aquella pintura en la pared. ¿Le gusta?

_ Sí, es un hermoso lugar.

_ Lo es. ¿ Usted conoce Cataluña?

_ No, bueno, solo a través de esa pintura.

Esa pintura la envió mi tío él vive allí. Dice que es el lugar más lindo del mundo, e incluso, que es un lugar mágico. Dice que cuando te paras en esa porción del mar catalán y miras fijo el horizonte, las emociones se agrandan y empiezan a caer a borbotones del cuerpo. Y que se te

desborda el corazón; y es tanta la magia que podrías enamorarte perdidamente de la primera persona que vieras, aunque fuera una completa extraña.

_ Sí, yo creo que sin duda debe ser un lugar mágico.

Capítulo 3

El vampiro tras las rejas

Al filo brillante del escarpelo, al ras de la última oscuridad después de la gran luz, de un solo tirón brusco, mi alma cayó precipitada dentro de mi cuerpo. Me arrancaste del limbo con tus fuertes manos y desde ese mismo momento supe que ya jamás me soltarías. Esto me decía Micaela en el bufete del hospital tras la cortina de vapor que emanaba su café, con sus manos envolviendo la taza, sus ojos brillantes, temblorosos de emoción y sus mejillas enrojecidas por el frío.

Nos conocimos en el quirófano, tenía una herida de bala en su pecho y yo era el médico responsable de su cirugía, en ese momento, de su vida. Fue una labor delicada y extenuante, por poco no logro salvarla, había perdido mucha sangre y su corazón estaba comprometido. Al día siguiente despertó en la sala de recuperaciones, poco a poco abría sus párpados, que dejaban ver entre líneas desdibujadas la borrosa imagen que contorneaba mi rostro. Con gran calma recuperaba la lucidez y el negro de su pupila se incrustaba fijamente sobre mis labios que se movían, para ella solo balbuceando.

_¿Cómo te sentís? -Le pregunté sentándome a su lado en la camilla.

_Como si acabara de nacer -Respondió ella.

Así comenzó nuestra historia, en una habitación fría de hospital llena de luces y de metal, con un café en el bufete, con la sonrisa seductora de una joven hermosa que me admiraba con devoción, con ese beso en la frente que la hiciera sonrojar y bajar la mirada cuando le pedí que se cuidara al darle el alta, con aquella invitación a cenar tres días después.

Fuimos a un restaurante italiano, luego a un bar irlandés y luego a un motel a un lado de la carretera. Con que sigilo escalofriante desabroché mi cinturón, sus tiernos labios en mi abdomen, se enterraban mis dedos en su nuca haciendo nudos en sus finos y lacios cabellos. Se clavaron mis dientes en su hombro y se arrastraron sus uñas por los míos. Deslizar mi lengua por su espalda delineando con humedad cada vértebra de su columna. Sábanas blancas haciendo lasos a nuestro alrededor, nudos firmes empapados en sudor que sujetasen nuestros cuerpos, inmovilizándolos hasta caer rendidos sin fuerza alguna.

Despertamos al cabo de unas horas, su cien sobre mi pecho, sus cabellos

negros aún húmedos la almohada de su oreja.

_¿Y ahora qué? -Pregunté con gran sobriedad- ¿Vas a decirme cómo llegó esa bala a tu pecho?

_No puedo, me persiguen.

_¿Por qué querrían matar a una joven de 20 años?, ¿Acaso cometiste algún crimen?

_Soy inocente!, lo juro. Es mi padrastro, lo descubrí engañando a mi madre y quiere deshacerse de mí.

_Pero hasta ese punto, ¿Realmente sería capaz de matarte?

_No lo conocés, es capaz de cualquier cosa. Por favor tenés que ayudarme, no puedo regresar a mi casa, no tengo a donde ir.

_De acuerdo por el momento elegiré creerte, vení conmigo, podés quedarte en mi casa.

Nos subimos a mi auto, ella estaba exhausta así que la recosté en el asiento trasero y la tapé con mi campera, también cubrí un poco su cabeza, por si acaso dijera la verdad y alguien la viera por la ventana, sentí que debía proteger a la niña. Además el viejo Villegas es un médico muy prestigioso, no querría meterse en problemas; el pensamiento que me devolvían mis ojos por el retrovisor. Al llegar a casa abrí rápidamente la puerta y nos metimos dentro, la llevé al cuarto de visitas y me acurruqué bajo mis sábanas en el cuarto contiguo.

Al día siguiente no la vi, Micaela dormía cuando me fui por la mañana a trabajar y estaba también durmiendo cuando volví por la noche. Llegué realmente agotado, al entrar a casa tiré las llaves sobre la mesa ratona de la sala de estar y subí las escaleras hacia la recámara mientras me desanudaba la corbata, arrojé los zapatos por algún rincón de la habitación, donde seguramente me costaría encontrarlos a la mañana siguiente, y caí destruido sobre mi cama.

La ventana entreabierta dejaba entrar la suave brisa que mecía las cortinas, bajo ella el sofá y la lámpara de noche, los almohadones rojos en los que me asfixiaba leyendo las noche de ocio. Contra la pared junto al cabezal izquierdo de la cama, la mesita de luz que compré usada y a pesar de la restauración aún mantenía su estilo victoriano. Al otro lado de la cama un gran ropero de roble que alguna vez fuera de mi padre. En el centro de la habitación un mullido somier de dos plazas. La oscuridad que todo lo cubría, el tic-tac enfurecido de mi despertador el único sonido. Un hombre desarmado arrojado sin más a los mares oníricos del terso acolchado, arrojado de bruces sobre el suave terciopelo. Cosquillas en mi

espalda, el calor humano que me despabila y el aliento húmedo en mi oído que me devuelve sobresaltado a la realidad.

Me doy vuelta de un salto cara al techo y la puedo ver, allí estaba ella, con una de mis camisas completamente desabrochada, solo esto, y su agraciada piel morena el mejor vestido de noche que halla visto. Bailamos toda la noche, bailamos bajo el cielo raso color caoba de mi habitación. Esquivando los rayos de luz que se filtraban por la ventana como flechas blancas atravesando nuestras figuras, refractando en nuestro sudor caleidoscopio de jadeos. La nada extinta después de mi languidez, solo caer dormido sobre su ombligo esperando la mañana.

Al llegar al hospital un muchacho de unos 30 años se paró frente a mí y pregunto:

_¿Señor Villegas?

_ El mismo.

_Queda usted bajo arresto, vendrá conmigo a la estación de policía – dijo enseñando su placa.

_De acuerdo oficial, no hacen falta las esposas – Sabía que esta niña me traería problemas.

Los disparos del flash en mi cara, cámaras hambrientas devorando mi rostro, una pequeña multitud de buitres peleándose por un trozo de mi carne, lápices humedecidos en mi sangre escribiendo sin parar la gran historia, los rostros despavoridos de la gente observando al monstruo. Fui juzgado y condenado. Colocaron cadenas en mis manos en nombre del estado y de la sociedad que representa, y mandaron mi alma al infierno en nombre de nuestro dios misericordioso.

“El vampiro tras las rejas”, decía el titular del diario. Ayer por la mañana se dio sentencia a Carlos Villegas, las pruebas en su contra fueron demasiado contundentes, afirmó el juez. Al allanar su casa dieron con el paradero de los cadáveres, dos de ellos estaban embalsamados y cuidadosamente maquillados, vestidos y recostados cada uno en una habitación propia. El tercer cuerpo, identificado como Micaela Mendes estaba en la recámara del doctor Villegas, el cadáver todo desgarrado y con trozos de carne ya podridos, se ubicaba sobre la cama. Se encontraron marcas de dientes en su hombro y mechones de pelo que le fueron arrancados, se encontraron fluidos del acusado en el cuerpo. Según se cree serían cinco los cuerpos que el médico forense habría hurtado de la morgue, aún se desconoce el paradero de los dos restantes. Eran todos cadáveres de mujeres entre 25 y 30 años, a excepción de Micaela de 20 años, la causa de su defunción fue un disparo en el corazón, aparentemente efectuado con un arma reglamentaria; el oficial implicado

en este suceso sería el padre adoptivo de la víctima.

El médico forense Carlos Villegas, conocido como "el vampiro de la morgue" fue condenado a cuatro años de prisión.

<<¿Qué quiere usted?

Cada uno tiene sus pasiones,

y la mía son los cadáveres.>>

- Henry Blot -

Capítulo 4

La puerta

Terry tenía doce años y había cosas que empezaban a llamarle la atención, había emociones que le costaba comprender y reflexiones que nunca antes había tenido. Sobre todo después de que su familia se mudó. La casa nueva era linda, con un pequeño jardín delante. Había que caminar por un caminito empedrado que separaba en dos el jardín para llegar a la puerta de entrada. La puerta tenía cuatro espacios rectangulares levemente hundidos y dispuestos simétricamente; en el filo de éstos se dejaban ver unas molduras talladas a mano con exquisito detalle. Debía ser todo una pieza de anticuario, o algo así. Por dentro la casa presentaba un estilo bastante sencillo y sobrio, pero sin perder la elegancia. El arduo trabajo de papá había dado sus frutos. En la recepción se destacaba una bella chimenea a leña con acabado rústico y una puertita de rejas cromadas que prevenía del fuego y hacía juego con los correspondientes utensilios colgados al lado. Luego el comedor con espacio suficiente para unas veinte personas, y una vitrina sobre el lateral izquierdo que exhibía la cristalería fina. La cocina era un tanto más pequeña pero bien equipada. A un lado de la sala de estar había una escalera, con baranda también de madera, que conducía a la planta alta. Allí estaban las habitaciones, la de Terry y la de sus padres, separadas solo por un baño.

Terry llevaba en sus adentros una confusión de emociones, de sentimientos opuestos chocando entre sí. Por un lado estaba la alegría por la nueva casa y la expectativa por las cosas que vendrían, la felicidad por ver a sus padres contentos después de tanto trabajo. Pero por otro lado extrañaba su vieja casa, recordaba su barrio, sus amigos, su escuela. Recordaba el viejo asfalto agrietado y maltratado de su calle, y las veces que se quedaba hasta tarde jugando a la pelota bajo el farol que se prendía y apagaba en la esquina de su casa. Fue allí donde dio sus primeros pasos, donde aprendió a andar en bicicleta, la primera vez que admitió que una niña le parecía linda. Su pasado y su futuro se disputaban en el presente para hacer estallar su corazón en un mar de sensaciones difíciles de procesar.

La primera vez que entró en su habitación se sintió estupendo. Comenzó a recorrer los rincones descubriendo cada detalle del lugar en el que pasaría mucho tiempo. Encontró un gran ropero pintado con una pátina oscura que dejaba de resalte el vetado de la madera. Su cama estaba debajo de la ventana, por donde entraba una relajante brisa. Del techo colgaba una luz con una linda pantalla metálica, que quizás fuera el único indicio de diseño moderno en toda la casa. Todo era perfecto, salvo por un pequeño

detalle; justo frente a la entrada de la habitación, en la pared que daba al patio, había algo cubierto por completo con una tela negra. ¿Qué sería esto?, se preguntaba Terry. Hasta que tiró de la tela por uno de los lados y retrocedió asustado viendo de reojo lo que allí había, lo que parecía ser una puerta. Volvió a cubrirla tal y como estaba.

Esa noche le costó dormir horriblemente. Miles de pensamientos se apilaban en su mente completamente desordenados. ¿Por qué habría una puerta hacia la nada misma? ¿Qué sentido tendría?. Quizás los constructores pensaban hacer una habitación al lado y quisieron ahorrarse el romper la pared luego para hacer la puerta. O que clase de persona depresiva con tanta responsabilidad crearía una abertura para no romper una ventana al decidir suicidarse. O tal vez una suerte de portal hacía algún tipo de dimensión desconocida. Qué maravillas o qué horrores se esconderían detrás.

Cavilaba recostado, tapado hasta la barbilla y con los dedos por fuera sosteniendo el acolchado. Casi a punto de alcanzar la inconsciencia, entre ideas mágicas y sueños demasiado reales. Y todo se mezclaba en tonos fuertes y figuras recortadas que parecían desaparecer en la nada, como un cuadro de Dalí.

Recordaba sus días en el viejo barrio. Siempre había sido un chico tímido y vergonzoso. Recordó cuando Sarah le tomó la mano regreso de la escuela. Sus mejillas se pusieron tan rojas, tan incandescentes que se podía oler el olor a quemado emanando de su cara. Enormes gotas de transpiración resbalaban de su axila recorriendo el contorno de sus costillas. <<Terry, no quiero que te vallas>>. Sarah era su amiga, aunque pensó que en ese momento quizás ella no lo dijo en tono de amiga. Las niñas no le interesaban. El hermano de Peter comenzó a salir con una niña y desde ese momento dejó de juntarse con ellos a recolectar gusanos en el patio de atrás. Si tener novia significaba dejar de jugar en el lodo con tus amigos, entonces no quería tener una nunca. Sin embargo no podía evitar recordar el delicioso perfume que se desprendía del cabello de Sarah cada vez que lo abanicaba el viento. O de lo extraño que se sentía cada vez que le sonreía.

Ya estaba quedándose dormido embelesado por aquel recuerdo cuando un ruido lo devolvió sobresaltado. Sería acaso la puerta, quizás alguien del otro lado queriendo entrar. Sabía que debía ponerse en pie y abrir aquella puerta, una vez que supiera lo que había podría dormir tranquilo. Pero sus pies estaban paralizados. Su esqueleto tieso se hundía en el colchón como si de pronto hubiera aumentado descomunadamente de peso. El miedo no lo dejaba actuar. Terry era un cobarde. Cuando se juntaba con sus amigos para ir a la casa del viejo Charles nunca lograba llegar más allá de medio camino. Donde esperaba a que el resto volviera. Aquella casa en la colina era aterradora, y se comentaba que el viejo era inmortal a causa de alimentarse de los niños que tocaban a su puerta, a quienes les absorbía

la juventud. Cuando el grupo regresaba se pasaban todo el camino comentando la hazaña y cada uno encimaba su valentía sobre la del otro contando lo cerca que había estado de tocar el timbre. Pero Terry solo bajaba la mirada y pensaba que algún día se animaría.

Algo debía hacer, no podía dormir sin saber que había detrás de la puerta. <<Y si lo que hay detrás sale mientras duermo y me devora>>. Le podría haber contado a su padre, pero no quería decepcionar a un tipo tan valiente y rudo como él.

Tenía que actuar. Pronto estaría amaneciendo y no podía irse a la escuela sin saber la verdad. Tomó coraje y se puso en pie al lado de la tecla de la luz. Encendió el foco y caminó a paso tembloroso hacia la puerta. Tiró de la tela que la cubría y apoyó su mano sudorosa sobre la manilla. La giró lentamente. Si Sarah lo viera en ese momento se enamoraría perdidamente de él. Y sin duda su padre se pondría orgulloso de su valentía. Y tendría algo que contarle a sus amigos que les pondría los pelos de punta. Abrió la puerta de un solo tirón y retrocedió asustado, con los ojos cerrados y la otra mano sobre la cara protegiéndola. Al cabo de un instante decidió mirar. Lo único que había allí era él mismo. Al parecer aquella puerta no tenía otra función más que resguardar un enorme espejo de cuerpo completo que estaba amurado a la pared. Terry se miró detenidamente en el espejo durante unos cuantos minutos, luego sonrió y cerró la puerta. Se acostó y durmió algunas horas antes de levantarse para ir a la escuela.

Al subir al autobús escolar se sentó al lado de una niña y pensó en silencio en lo que había descubierto. Pues quizás no encontró un mundo nuevo, pero definitivamente sí un Terry nuevo, un Terry que de a poco estaba creciendo. Y es que si el espejo fuera una puerta, solo hay un lugar al que nos puede conducir.